

del recuerdo de olores, de la música que ponía Fulanito cuando decía ¡Eh! al cruzarse con Menganito en la calle, o del tono que empleaba Perenganita al lamentarse alegremente con el famoso ¡Qué pena!

El ha sabido captar el espíritu de Alcazar. ¿Y cuál es, éste, en esencia? *“Alcázar —nos dice— se distingue de casi todos los pueblos de alrededor por su espíritu independiente, por su inclinación a la bullanga de buen fondo, de comer y de beber y no meterse con nadie, con un pacifismo tan marcado como para perderse la cuenta de los años que pasaban sin producirse un delito de sangre. Y los que se daban —continúa—, como el de la tía Negrita misma, eran de gentes forasteras”* (10).

Alcazar tiene, lo dice un alcazareño que le contempla de lejos, que rumía su niñez constantemente, como hacemos todos, tiene, digo, personalidad. La manera de hablar, que sin duda, como nos hace notar Mazuecos, se va perdiendo. Tiene alicientes, notas diferenciadoras, cosas que le identifican: la estación, el barrio de Santa María y el torreón de Don Juan de Austria, los molinos, las tortas, tantas cosas. Y, sobre todo sus gentes, y el cómo son sus gentes. Y tiene también sus leyendas, hechas de verdades, hechos que sucedieron, y de verdades de otro tipo: cosas que merecieron suceder, que pudieron suceder, que da igual que hayan sucedido o no, porque han contribuido a formar su personalidad presente. Ahí está el alcalde Estrella, todos esos personajes que aparecen en los cuadernos, éstos sí, verdaderos por entero. Creo que, a pesar de las diferencias que pudieron existir en determinados momentos —y eran los forasteros, España entera, los que causaban el estropicio—, Alcázar es ciudad de gente de bien y de gente de paz. Mazuecos nos recuerda que, siendo tan importantes como eran aquí las elecciones, *“Cualquier día de las (...) más enconadas, se juntaban en el casino los de todos los partidos comentando los incidentes habidos y condenándolos o justificándolos de común acuerdo, cuando en el resto de España habían ocurrido miles de tropelías y creándose divisiones insalvables”* (11).

Y muestra de ello, paradigma, diría, es el propio Mazuecos. Hombre de bien y de paz. También él forma parte de la realidad, y, por qué no, en la medida de su importancia, de la leyenda de Alcázar. Si Mazuecos existe, con una vida ya muy larga, y por muchos años más, los que él quiera, es porque Alcázar ha sido capaz de “segregarlo”. Si es cierto, que lo es, que por sus obras los conoceremos, creo que tenemos que sentirnos muy orgullosos de Alcázar y de los alcazareños cuando entre ellos ha salido un hombre como él.

El espejo de sus cuadernos es fidedigno. Hay algunos que no han sabido verlo. En uno de los números vemos cómo el autor recoge ciertas quejas. *“Diferentes personas me han reprochado lo que puede ser Alcázar a través de estos libros y que quienes no lo conozcan lo conceptuarán como un país irreal porque no tiene más que cosas buenas. Lo piensan y me dicen que la gente pueblerina es precisamente todo lo contrario, arisca, resentida, agresiva”*. Y Mazuecos se defiende: *“yo hablo de Alcázar tal como lo veo, tal como lo aprecio y tal como lo siento y lo digo con toda franqueza y con natu-*